

En-claves relacionales presentes en *Recuerdo, repetición y elaboración* (Freud, 1914) Primera Parte: La encrucijada freudiana¹

Antonio A. Tinajas Puertas²
Centro Auxanô, IPR, Cáceres, España

Sometido al método histórico-crítico, y recurriendo a la técnica de análisis de contenido, el presente trabajo toma como referencia el estudio técnico freudiano conocido como *Recuerdo, repetición y elaboración* (Freud, 1914) para fundamentar que determinados conceptos, preceptos, o líneas de actuación terapéuticas (es decir, ideas/fuerza teórico-técnicas) adscritas al denominado *psicoanálisis relacional*, se encuentran ya presentes en el programático estudio freudiano escrito en el año 1914.

Palabras clave: Freud, Psicoanálisis Relacional, Técnica psicoanalítica

Subjected to the historical-critical method, and resorting to the content analysis technique, this work takes as a reference the Freudian technical study known as Remembrance, Repetition and Elaboration (Freud, 1914) to substantiate that certain concepts, precepts, or therapeutic lines of action – that is, theoretical-technical ideas- ascribed to the so-called psycho-relational analysis, are already present in the programmatic Freudian study written in 1914.

Key Words: Freud, Relational Psychoanalysis, Psychoanalytic Technique.

English Title: On relational terms collected in Remembrance, Repetition and Elaboration (Freud, 1914) – Part I: The Freudian crossroad.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Tinajas Puertas, A.A. (2022). En-claves relacionales presentes en “Recuerdo, repetición y Elaboración” (Freud, 1914). Primera parte: La encrucijada freudiana. *Clínica e Investigación Relacional*, 16 (1): 148-176. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2021.160109

¹ La segunda parte de este trabajo se publicará en el número 2 del volumen 16 de esta e-revista.

² Psicólogo clínico y psicoanalista, psicoterapeuta de grupos, didacta y supervisor (Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas, FEAP). Co-fundador, miembro titular y vocal de la Junta Directiva del Instituto de Psicoterapia Relacional (IPR), miembro de la Association for Relational Psychoanalysis & Psychotherapy, vocal de la Junta Directiva de su Capítulo Español (IARPP-E). Desde 1987 es director clínico y psicoterapeuta del Centro AUXANÔ Psicología Clínica, Psicoterapia y Neuropsicología de Cáceres (España). Contacto: psicoterapia@auxano.cc www.auxano.cc

"Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar" (Freud, 1914c, A.E., p. 82).

Introducción

El presente trabajo¹ pretende contribuir a demostrar la existencia de *un Freud relacional*.

Es decir, contribuir a demostrar que conceptos, principios y desarrollos actuales del psicoanálisis relacional ya estaban presentes, explícita o *implícitamente*, en el quehacer teórico, clínico y técnico del creador del psicoanálisis, pese a que no fueran por él así considerados, ni, por tanto, explicitados.

A través del rastreo y de la lectura crítica de un breve, pero muy importante escrito en la obra de Freud -ensayo teórico, clínico y técnico- como es *Recuerdo, repetición y elaboración*² (Freud, 1914a), trataremos de demostrar nuestro presupuesto utilizando para ello la técnica de *análisis de contenido* que, formando parte del *corpus* de las *técnicas de archivo*, "es una técnica que permite la inferencia sistemática, objetiva y cuantitativa de los contenidos de los mensajes ya sean estos implícitos o explícitos" (R. de Diego Vallejo y J.A. de Diego Vallejo, 1990, pp. 57-58).

Nuestro objetivo es difícil de lograr³. No obstante, lo intentaremos recurriendo a una buena dosis de osadía y al método *histórico-crítico*. Este método nos ayudará a estudiar y tratar de resolver alguna de las paradojas freudianas entretejidas y derivadas de la complicada posición (haciendo un guiño, podríamos decir que se trataba de una *posición imposible*) del creador del psicoanálisis. Tal vez así podamos contrarrestar -en parte- los errores de nuestra osada ignorancia.

De cualquier forma, vayan por adelantado nuestras disculpas.

Posición imposible porque, por un lado, Freud posee una posición referencial, por otro, una posición *política* y también -tal vez la más determinante- opera la compleja dimensión personal de su lugar (en tanto que conflictiva personal, familiar, social, institucional, amical -amistades/colegas/discípulos/ pacientes, etc.-).

Tratamos de realizar, por tanto, una lectura *problemático-histórica-crítica* del texto freudiano (Hornstein, 1990, p. 175)⁴.

Situándonos en el *Zeitgeist* de comienzos del siglo pasado, en el ambiente medio-burgués de la sociedad vienesa -una sociedad biempensante-, encontramos a Freud, un

joven e inquieto neurólogo acompañando al Dr. Josef Breuer, médico de reconocido prestigio, en la tarea de "descubrir" todo un mundo nuevo.

El objeto de investigación de ambos galenos era el inconsciente.

En los finales del siglo XIX el estudio del inconsciente no era algo novedoso. Sin embargo, lo absolutamente revolucionario resultaba que, primero Breuer y después Freud, enfocaran su trabajo en el estudio y establecimiento de la dinámica y de las leyes que regían el funcionamiento de *lo inconsciente*.

Tanto el objeto de estudio como los nuevos métodos de investigación diferían completamente del modo en que se venía abordando el inconsciente desde los clásicos, y esta es la cuestión diferencial y determinante que abría todo un mundo nuevo a descifrar.

El nuevo enfoque resultaba provocador, sus resultados inquietantes.

Por un motivo o por otro, Breuer, motor inicial de la tarea, se descolgó del proyecto dejando en manos de Freud el testigo para seguir adelante.

A partir de ese momento Freud caminó solo. Y solo, *durante 10 años*, atravesó su *espléndido aislamiento*⁵. Y solo fue construyendo una teoría y un método.

Sus desarrollos no encontraban acomodo en la medicina ortodoxa, en la ciencia oficial.

Poco a poco fue dando forma -en ningún momento definitiva- a un modelo de estructuración de la personalidad, a un modelo terapéutico y a un modo singular de interpretación de la cultura, del arte, de la historia o de la religión. Un modo, al fin, de interpretación de la subjetividad, de su constitución y de sus producciones culturales. Ahí es nada.

Puede decirse, por tanto, que el psicoanálisis en su plena extensión -situados en aquel tiempo- era obra exclusiva de Freud y que él era el único responsable de su desarrollo y también de su transmisión (y como veremos, de la adecuada interpretación de tal transmisión).

En su caminar, Freud se fue rodeando de una serie de personas inquietas e inteligentes interesadas en esta *nueva ciencia*, en su mayoría médicos de prestigio que poseían su propio modo de pensar y de interpretar lo que estudiaban en sus pacientes, bajo la nueva óptica ofrecida por el pensamiento de Freud, la óptica psicoanalítica.

Estos nuevos modos de pensar en psicoanálisis suponían también alternativas al pensamiento de Freud y no siempre "iban en la línea" del pensamiento del maestro, lo

que llevó a éste, viendo amenazada la interpretación de sus desarrollos, a adoptar una posición activa en la defensa de su obra⁶, resultado del cual surgieron los célebres *Escritos Técnicos*: "El psicoanálisis es, en efecto, obra mía (...) no siendo ya el único psicoanalista, me creo con derecho a sostener que nadie puede saber mejor que yo lo que es el psicoanálisis" (Freud, 1914b, p. 1895)⁷.

Siguiendo a James Strachey, *Recuerdo repetición y elaboración* es el tercer ensayo de una serie de seis y ve la luz en noviembre de 2014 (Strachey en A.E., vol. XII, p. 80).

Pero, por otro lado, Freud se sintió en la responsabilidad de legar de modo fidedigno su construcción a un mundo del cual desconfiaba -motivos tuvo para ello-: pensaba que sus interlocutores no siempre podrían interpretar adecuadamente sus presupuestos o bien, aun interpretándolos adecuadamente, no siempre podrían responder de modo conveniente a las exigencias de las fuerzas inconscientes que él mismo trataba de interpretar y dominar⁸.

Entre los meses de enero y febrero de 1914 Freud escribe un polémico ensayo en defensa de lo que considera sus derechos sobre su obra (no sólo sobre su obra escrita, sino, más bien, sobre la concepción y el desarrollo de su obra -el psicoanálisis- en sentido amplio). Ya se ha señalado que, la obra freudiana consiste tanto en una forma de interpretar la realidad, como en un modelo de construcción de la personalidad, como en un método clínico/terapéutico.

En este ensayo de 1914, el autor analiza los planteamientos teóricos de los principales disidentes de la causa psicoanalítica (es decir, *disidentes-de-él*) y muestra las profundas divergencias que presentan con su propio pensamiento, finalizando su *Historia del movimiento psicoanalítico* (Freud, 1914b) de un modo un tanto lacónico, afirma: "séame permitido terminar con el deseo de que el Destino otorgue una cómoda ascensión a todos aquellos a quienes se ha hecho desagradable la permanencia en el infierno del psicoanálisis. Y puedan los demás continuar tranquilamente su labor en lo profundo" (Freud, O.C. II, 1930).

Todos aquellos en clara alusión al dolor de la pérdida de su *príncipe heredero*, Carl Gustav Jung (Jones, 1955, p. 154): "¡Conque nos hemos librado por fin del brutal santurrón de Jung y sus loros repetidores! (...) toda mi vida estuve buscando amigos que no se aprovecharan de mí para traicionarme luego" (Sigmund Freud-Abraham, *Correspondencia*, p. 214).



Carl Gustav Jung

"Por cierto, progresamos a pesar de todo y en forma que no admite dudas. Y si yo soy Moisés, usted es Josué y tomará posesión de la tierra prometida de la psiquiatría que a mí sólo me es dable contemplar desde lejos" (Carta a C.G. Jung, 17 de marzo de 1909).

Cinco años más tarde todo habría terminado.

La idea de elaborar un tratado sobre técnica psicoanalítica le venía rondando a Freud desde el interés suscitado por su obra, plasmado en el enorme éxito del I Congreso Psicoanalítico (Salzburgo, 1908). Fue tal el impacto de su onda expansiva que incluso, al año siguiente, Freud llegó a pensar en publicar una suerte de manual técnico titulado *Allgemeine Technik der Psychoanalyse* (Exposición General de la Técnica Psicoanalítica).

Este proyecto fue arrumbado después de las treinta y seis primeras páginas, debido principalmente -si creemos a Ernest Jones- a la necesidad perentoria de terminar su trabajo *El hombre de las ratas* (1909) y la ardua preparación de su visita a los Estados Unidos. Al parecer fueron estos los motivos que llevaron a Freud a sustituir la idea de un tratado técnico por "*media docena de ensayos*" (Jones, 1955, p. 249) sobre aspectos especiales de la técnica psicoanalítica.

Por tanto, encontramos dos motivaciones fundamentales en Freud para redactar sus escritos sobre técnica:

a) la primera es plenamente didáctica, *stricto sensu*: los psicoanalistas noveles debían conocer en qué consistía la nueva técnica psicoterapéutica -más allá de la teoría ilustrada en los ensayos freudianos-, es decir, qué debían hacer los psicoanalistas y qué debían no hacer, con su paciente en tratamiento psicoanalítico. La idea de Freud era mostrar a estos médicos -próximos al Movimiento Psicoanalítico- sus ideas a modo de *consejos técnicos*, pero ¡ojo!, parecieran ser *consejos a seguir*.

Años más tarde, en el año 1928 en carta a Ferenczi, le dirá que *algunos* rigidificaron sus *consejos* expuestos en sus *Escritos Técnicos*, pero, después de afirmar que esta cuestión debería ser aclarada algún día, añade -a renglón seguido-, que deberá hacerse tal cosa "*sin anular las obligaciones*" (desarrolladas también en los mismos escritos). Entonces ... ¿*consejos* u *obligaciones*?

b) en segundo lugar, y aprovechando la inercia anterior (¿o tal vez fue esta su motivación original, dado que las cosas habían cambiado sustancialmente desde

Nuremberg?⁹⁾ se trataba, además, de realizar un movimiento defensivo sobre lo que Freud consideraba *su obra*, el psicoanálisis.

Por un lado, de modo especial de cara al público en general -que era su mayor preocupación- y de paso a la comunidad científica -cuya opinión nunca le condicionó demasiado¹⁰⁾⁻, Freud quiso siempre dejar claro su pensamiento. Pero, en cuanto a la redacción de sus *Escritos Técnicos*, su objetivo era otro: no permitir ninguna desviación que desvirtuara su pensamiento.

Sin embargo, las disensiones se van sucediendo y Freud responde.

Existen tres tipos de motivos (al menos) que llevan a Freud a su defensa numantina: motivos teóricos, motivos técnicos y motivos personales.

Podemos tratar de ilustrar esta cuestión mediante un ejemplo paradigmático como es el descalabro de la relación con Jung.

Antes de alejarse teóricamente de Freud, Jung ya había dado graves motivos - técnicos y personales- de preocupación a su mentor.

Veamos, en octubre de 1906 Jung solicita a Freud algo parecido a una supervisión para el *caso Spielrein*. Era la primera paciente tratada psicoanalíticamente por Jung (Fuentes, Martínez, Piñeiro & Angosto, 2008) y es ahí cuando, tan tempranamente, comienzan unos importantes desencuentros generados por la *relación amorosa* que Jung mantuvo con su paciente -Sabina Spielrein- y que Freud no toleraba ni en lo teórico, ni en lo técnico, ni en lo personal.

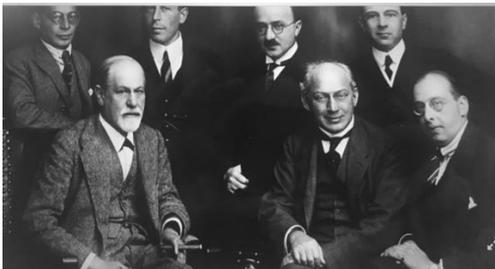
Cartas hay donde Freud advierte a su colega (y también existen otras dirigidas a Sabina, invitándola a renunciar a la pasión amorosa hacia Jung), del grave descontrol técnico y del peligroso e incierto camino en el que está introduciendo a su paciente.

En cuanto a los motivos teóricos, la renuncia a la teoría freudiana de la libido por Jung¹¹ (otrora su *príncipe heredero*) representa para Freud la caída de la idealización de una amistad en la que se mezclaban diversos elementos: una suerte de narcisismo/paternalista (recordemos que muy poco tiempo después, en su *Introducción del narcisismo* (1914c) Freud escribirá cómo los hijos están destinados a cumplir los sueños, los deseos irrealizados de sus padres); la omnipresente y comprensible ambición academicista e institucional de Freud (Jung trabajaba siendo Psiquiatra Jefe en el *asilo de alineados* de Burghölzli (Zúrich) -hospital asociado a la Universidad de Zúrich, de la cual Jung era profesor- bajo la dirección del eminente psiquiatra Dr. Paul Eugen Bleuler);

y la necesidad de tener un *interlocutor personal adecuado* para su proyecto (lugar que probablemente, *caído Jung*, pasó a ocupar -hasta su temprana muerte- Karl Abraham).

En tercer lugar, estos importantes desencuentros afectan a Freud en lo íntimo/personal. Nuevamente encontramos en el fracaso de la relación con Jung el paradigma de la pérdida que para Freud se repite en los enfrentamientos que se venían produciendo dentro del Movimiento Psicoanalítico y que probablemente finalizarán con Ferenczi.

Su intransigente actitud con las disensiones¹² no se modificó con el paso del tiempo, *"como si su rebaño debiera estar siempre controlado por su vara firme, bajo su dominio, en su redil"*¹³.



El *Comité Secreto de los Cinco*. Idea de Ernest Jones (1912), dado el cariz que tomaban las disensiones, para controlar "la pureza" del Movimiento Psicoanalítico más allá de la desaparición de Freud. Jones, siendo inglés, se inspiró en *los caballeros del rey Arturo*.

Estuvo formado por Rank, Abraham, Eitington, Jones, Ferenczi y Sachs. Freud regaló a cada uno un anillo con una gema engarzada en la que se representaba una deidad antigua. Para él se reservó a Zeus, "padre de los dioses y de los hombres".

El *Comité* se disolvió con la disensión de Rank (1927).

Alcanzado este punto, a modo de somera inmersión en el ambiente psicoanalítico (y también personal) en el que Freud escribe *Recuerdo, repetición y elaboración* -ambiente prebélico en muchos aspectos-, pasamos a especificar la estructuración de nuestro trabajo sobre este escrito técnico freudiano.

Nuestro objetivo es, acogiéndonos al método de análisis elegido, tratar de encontrar al Freud relacional -si es que existe- en los contenidos explícitos o implícitos propuestos en el texto de referencia.

El primer apartado estará destinado a tratar de situarnos en la persona que era Freud en su consultorio.

Si un presupuesto relacional básico es que ningún terapeuta puede dejar de ser *la-persona-que-es* dentro de su consultorio (de hecho, al parecer *debe-ser-la-persona-que-es* en la medida de lo posible), trataremos de acercarnos a valorar si Freud *era* sin tapujos en su consultorio tal como era Freud como persona. Para ello recurriremos a alguno de los datos históricos -que no son pocos- de los que disponemos.

Este primer apartado es crucial porque nos ofrece una información precisa para poder acercarnos a una encrucijada freudiana: pensamos que Freud era uno en su consultorio, un Freud muy próximo (en todos los sentidos) a su paciente. Las conclusiones obtenidas de esta proximidad personal del extraordinario clínico que era Freud son de una cualidad diferente, por completo, a las del otro Freud, al excepcional creador de una metapsicología -tal vez necesaria en su momento- que fundamenta una teoría convincente -tal vez la más completa hasta el momento- de la estructuración de la personalidad, pero (quizás como toda *teoría*) resulta muy alejada de su objeto de estudio: el rostro del sufrimiento, la angustia fatal atravesada en el pecho del paciente tendido en su diván.¹⁴

El segundo apartado estará destinado a enunciar algunos -los esenciales, no demasiados- conceptos, principios y desarrollos del psicoanálisis relacional.

El tercer apartado rastrea aquellos conceptos, principios y desarrollos que Freud expone explícita o implícitamente en su ensayo y que se aproximan, o coinciden plenamente con los puntos de vista relacionales expuestos previamente.

En este tercer tiempo del trabajo también buscaremos en autores, no sospechosos de heterodoxia freudiana, el desarrollo de conceptos que Freud dejó únicamente enunciados y que puedan encajar en lo que hoy entendemos como propios del psicoanálisis relacional.

Por último, se analizarán aquellos contenidos expuestos en *Recuerdo, repetición y elaboración* que alejan a Freud del psicoanálisis relacional, o, en todo caso, trataremos de entenderlos en su contexto histórico.

Un cuarto apartado, breve, expondrá nuestras conclusiones.

Uno

*Cualesquiera dioses que existan
que la vida ninguna viva para siempre,
que los muertos jamás se levanten
y también el río más cansado
desagüe tranquilo en el mar
(...)*

Freud desciende los escalones que lo alejan de su refugio en la montaña a la calle para verme partir. Él me pareció cansado y triste al darme el adiós.

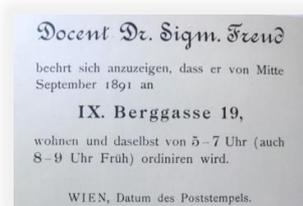
"No me haga parecer un pesimista -dice Freud después de un apretón de manos-. Yo no tengo desprecio por el mundo. Expresar desdén por el mundo es apenas otra forma de cortejarlo, de ganar audiencia y aplauso.

¡No, yo no soy un pesimista, en tanto tenga a mis hijos, mi mujer y mis flores!

No soy infeliz, al menos no más infeliz que otros"

Viereck - Freud (1926), *El valor de la vida* (1957).

Tratamos de contextualizar la época de comienzos del siglo XX para imbuirnos del ambiente social, cultural, político y personal para acercarnos a la realidad de la persona/Freud trabajando en su consultorio, con su paciente, a mediados del año 1914.



El docente Dr. Sigmund Freud se complace en anunciar que desde mediados de septiembre de 1891 se ha instalado en la calle Berggasse 19. Sus horas de atención son desde las 7 hasta las 9 por la tarde (también desde las 8 hasta las 9 de la mañana). Viena.

Pese a que no existía una especial tensión prebélica en el continente, el estallido de la Primera Guerra mundial (cuyo desencadenante fue el asesinato del archiduque de Austria-Hungría, Francisco Fernando, en Sarajevo (Serbia), el 28 junio de 1914) desata en toda Europa la angustia de la proximidad de la muerte.

Austria presenta un ultimátum a Serbia y el 28 de julio se declaró la guerra, la Gran Guerra, que tensionó de manera especial y muy importante la vida en Austria, dato

que es preciso tener en cuenta dado que Freud termina de escribir su ensayo entre las turbulencias de aquellos meses azarosos¹⁵ y en Viena, la capital de Austria.

El sentido de este acercamiento al ambiente de Freud es doble: por un lado pretende identificar, en la práctica clínica de la persona Freud, elementos de su *encuadre* que hoy consideraríamos *relacionales* y, por otro lado, tratamos de recolectar elementos que nos ayuden a resolver las aparentes paradojas o contradicciones que pudiéramos encontrar entre lo que el autor escribe en relación a cómo son y deben hacerse las cosas y lo que ese mismo clínico hace de puertas para adentro, en su consultorio.

Paradojas o contradicciones entre sus *consejos* a los analistas noveles y su propia práctica clínica.

Estas paradojas, en efecto, pueden resultar sólo aparentes si atendemos, en primer lugar, a la posición referencial y política de Freud dentro del Movimiento Psicoanalítico, pero también de puertas para afuera del psicoanálisis, dado que como neurólogo formaba parte de una comunidad científica que asistía de forma escéptica, cuando no en crítica y abierta oposición, a sus nuevas prácticas médicas. En segundo lugar, quizás podamos esclarecer alguna (aparente) contradicción atendiendo a las motivaciones de Freud a la hora de redactar los *Escritos Técnicos*¹⁶.

El psicoanálisis institucional, al abrigo de la Asociación Psicoanalítica Internacional, fundada en el año 1914, fue "institucionalizando" y rigidificando el contrato de trabajo y, en general, todo lo concerniente al encuadre *-setting*¹⁷- analítico, oscureciendo -podríamos (abusando del lenguaje) "clandestinizando"- los contactos *de realidad* entre las personas de la diada terapéutica, los contactos entre el *candidato* y su supervisor, entre los *formandos* y los *didactas*, entre los *miembros titulares*, los *miembros asociados* y los *aspirantes* de la institución, etc. (uno cae en la cuenta de que, leído de este modo, esta terminología no deja de tener resonancias militares).

Al menos en determinados círculos, dentro de la ortodoxia freudiana, se fue institucionalizando una lejanía *física* del analista respecto del paciente, y unos modos de transmisión del *saber* en las terapias y formaciones de los Institutos Psicoanalíticos -en la docencia, las supervisiones y en los *análisis* didácticos-, que legitimaban un autoritarismo (*potestas*) y, por tanto, una sumisión del paciente y/o del analista en formación en detrimento de la cercanía (no imaginaria) necesaria para la identificación (*auctoritas*) y para una disminución de la idealización psicotizante.

Mucho se ha escrito en relación a esta actitud alienante de la institución, sobre el ejercicio del poder y sobre sus ramificaciones económico/perversas. Pese a ello, son

estas las condiciones que aun hoy imperan en numerosos (siempre demasiados) institutos psicoanalíticos¹⁸. Se arrojan, como lo hiciera Freud en su día (aunque no sabemos si con el mismo derecho y autoridad), la *titularidad* del psicoanálisis como si este fuera "obra suya", es decir, sólo es psicoanálisis lo que anida bajo la Asociación Psicoanalítica Internacional. Y en lógico argumento los ortodoxos deberían tener razón, y quizás la tengan. O tal vez no.

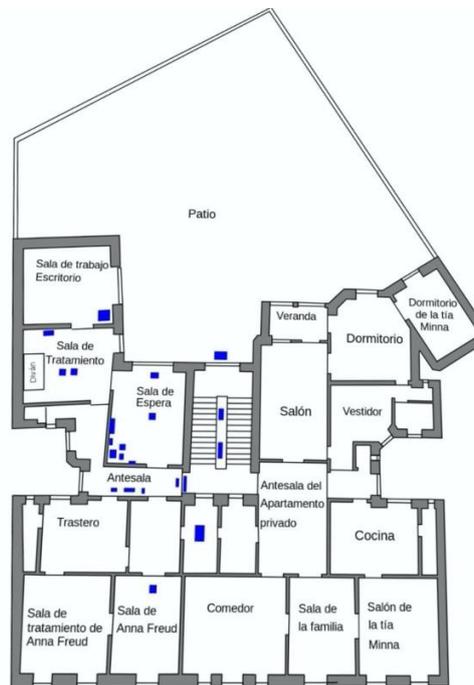
La cuestión de fondo es que, en su ortodoxia, atrincherados y satisfechos en lo que interpretan como presupuestos freudianos -confundiéndolos en ocasiones con los que reglamenta la institución-, se quedan fuera del devenir de los desarrollos (no) psicoanalíticos contemporáneos. Y lo peor es que ocasionalmente parece no importarles.

Volviendo a tratar de entrar en el consultorio de Freud, en una suerte de inmersión en su encuadre analítico buscando elementos sospechosamente relacionales¹⁹, lo primero que tendríamos que hacer es tratar de no confundirnos y llamar al timbre de su consultorio y no de su vivienda familiar, dado que ambas localizaciones estaban situadas en la calle Berggasse 19, apartamentos 3 y 4, al menos a partir de 1908.



Hasta ese año, el consultorio de Freud estaba situado en el mismo edificio, pero ocupando la planta baja. A partir de 1908 (es decir, seis años antes de la redacción de nuestro escrito técnico), ambas estancias estaban situadas en la misma planta del edificio (al quedar libre una estancia por el traslado de un familiar -una tía-, Freud la ocupó).

De ahí nuestra precaución para llamar atinadamente al timbre.



La casa y consultorio de Sigmund Freud en Viena
 Plano de planta del piso de la casa ubicada en Berggasse 19, Viena IX.
 Distribución de las habitaciones según su uso por la familia Freud en 1938, de
 acuerdo con los datos de la documentación del Museo Sigmund Freud de Viena.

Imagen tomada de: [https://es.wikipedia.org/wiki/Casa_Museo_Freud_\(Viena\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Casa_Museo_Freud_(Viena))

Es decir, el consultorio y la casa de Freud estaban "puerta con puerta", lo cual significa que aspectos de la vida familiar de Freud, más tarde o más temprano, alcanzarían a su paciente, bien porque éste se entrecruzara en la escalera con Martha - ferviente esposa que llega del mercado con las verduras preferidas de su amado esposo -, o bien sale a pasear con Sophie o cualquiera de los miembros de la amplia familia que habitaban el "otro lado" de la pared del diván²⁰.



Entrada a la consulta y vivienda de Freud.
 La puerta a la derecha es la entrada a su consulta hasta 1908. Posteriormente, las escaleras del fondo llevan a su vivienda y a su nueva consulta (apartamentos 3 y 4).

Y este alcance al paciente de datos tan personales, a Freud no parecía preocuparle demasiado.

Una vez dentro de la consulta -al menos en la madurez de Freud- deberíamos tener cuidado para no tropezar con uno u otro de sus perros, con *Wolf*, el primer pastor alemán que Anna le regaló, para su propia tranquilidad, y que acompañaba al padre en sus largos paseos por las calles de Viena. Después llegó *Lün*, primer chow-chow que preparó el camino para el gran amor perruno de Freud²¹, *Jofie*, su segunda chow-chow.

Uno de los grandes dolores de Freud en su vejez fue que *Jofie* dudaba en acercársele²². La mandíbula enferma del amo expelía un olor nauseabundo, sumamente desagradable, y el animal no podía romper la putrefacta barrera del hedor del cáncer.

La perra era, a decir de Freud, "*instintiva, inteligente y algo independiente*", acompañaba a su amo en todas las consultas y, en los cocederos psicoanalíticos, se comenta que Freud observaba los movimientos de acercamiento o recelo de su perra, en relación con el paciente, a modo de test -para él muy fiable-, una suerte de coterapeuta natural.

Jofie murió en 1937. El amo dos años más tarde.

Pero Freud tuvo tiempo de tener aun dos chow-chow más.



A Freud le gustaba que sus animales camparan a sus anchas por sus dependencias profesionales (es obvio, por tanto, que también por su casa), de hecho, no les dejaba en la vivienda familiar esperando su regreso de la jornada laboral, sino que le acompañaban a trabajar. *Le acompañaban, ¿se sentía solo?*

Únicamente quien ha tenido un perro como mascota sabe hasta qué punto estos animales están pendientes y responden sintónicamente al estado emocional del amo.

Freud *necesitaba* a su perro a su lado, o, en todo caso, estaba más a gusto con él cotidianamente a su vera.

Si, por fin, conseguimos llegar al diván, venciendo nuestro incipiente mareo debido al pesado olor a tabaco de los cigarro-puros que Freud fumaba constantemente y que impregnaba cada estancia, cada departamento, y con la suerte de acertar para no sentarnos en el sillón de Freud (tan próximo estaba al diván), y antes de tendernos entre los múltiples cojines y mantas que lo cubren y que, evidentemente, nos hablan de su deseo de facilitar a su paciente la mayor comodidad posible y del gusto de Freud por el estilo clásico -casi barroco, recargado de colores ocres y granates-, deberíamos haber decidido qué preferimos tomar, té o café, dado que muy probablemente nos ofrezca tomar un tentempié a lo largo de la sesión (quizás con una pastita de mantequilla, elaborada o comprada por Martha, ¿o fue Anna?) o bien, una vez terminado el trabajo.

Este encuadre, este comportamiento humano -*hospitalario*- de Freud que acoge al *desconocido-que-sufre* (Orange, 2013)²³, hoy, en determinadas e intocables instituciones freudianas, supondría una violación de la norma motivo suficiente para declarar anatema.

En auxilio de nuestro *planning* mental respecto del genuino encuadre freudiano, contamos con la afinada percepción de Cornell: *"la disposición de la consulta de Freud tiene que haber evocado una intimidación física inusual, en especial dentro de la época y la cultura de la Viena de fin de siglo. Aunque la silla de Freud estaba posicionada en un ángulo recto al paciente, el apoyo de brazo de la silla estaba directamente junto a la parte trasera del diván colocando el hombro de Freud a solo centímetros de la cabeza del paciente. El paciente debe haber sentido la voz de Freud resonando desde atrás, con una especie de cercanía que por lo común asociamos con el ser sostenido. Los dos deben haber estado lo suficientemente cerca como para que cualquier residuo del humo del cigarro de Freud que impregnaba su ropa llegara hasta los orificios nasales de su paciente. Con facilidad podría haberse girado un poco, sea en momentos de ensoñación o con intención consciente, para mirar el cuerpo del paciente. [...] A pesar de la preferencia explícita de Freud por el contenido mental en el psicoanálisis, ni Freud ni sus pacientes alguna vez podrían haberse escapado por completo de la presencia del cuerpo dentro de la hora analítica. Incluso cuando alejaba su mirada de su paciente, sumergido en sus procesos asociativos, la mirada de Freud habría recaído sobre ciertas representaciones antiguas del cuerpo humano que llenaban toda superficie y rincón disponible (Engelman, 1976). En la consulta de Freud había imágenes, artefactos, la presencia de la forma humana, por todas partes"* (Cornell, 2003, p. 49).

En relación con la disposición en "ángulo recto" de la silla respecto del diván aludida por Cornell, cabe decir que un autor como Pedro Fernández Villamarzo enseñaba -no hace un siglo-, desde los presupuestos ortodoxos, "*acercar el sillón más o menos, estar más o menos dentro del ángulo de visión del paciente*"²⁴ de cara a poder profundizar, *más o menos*, en los distintos objetivos terapéuticos -recordemos la metáfora freudiana del oro puro frente a la aleación de cobre- que ofrece la terapéutica psicoanalítica: terapia dinámica: objetivos dinámicos (terapia cara a cara, 1 sesión semanal, intervenciones aclaratorias, señalamientos, nivel mínimo de interpretación económica); psicoterapia psicoanalítica: objetivos económicos-transferenciales (2-3 sesiones semanales y uso del diván, intervenciones de sintonía, aclaratorias e interpretativo/económico/transferenciales); cura tipo: objetivos estructurales (4-5 sesiones semanales y uso del diván, intervenciones interpretativo/transferenciales) (Fernández, 1988).

Freud estaba a centímetros de su paciente.



Detalle del diván de Freud y de su sillón en la cabecera. Inicialmente Freud se sentaba a los pies del diván, pero un intento de seducción por una paciente le llevó a cambiar definitivamente su posición fuera del ángulo de visión del paciente.

Convendría preguntarnos por qué hemos llegado a situar el diván de nuestro paciente a un metro y medio de nuestro sillón. Resulta pretencioso imaginar que nuestros objetivos terapéuticos apunten a ser más "estructurales" que los de Freud.

Tal vez también debiéramos dejar transitar a nuestro perro entre nuestras soledades, quizás nos ayudara a acercarnos sin tanto miedo a quien llama a nuestra puerta porque se siente solo y asustado.

Pero volvamos al despacho de Freud. Al parecer ninguna pertenencia, ningún aspecto espacial resultaba azaroso, más bien, ningún aspecto resultaba insignificante, o

no sobredeterminado, en su consulta. Pese a que tal cuestión no ocupara ningún espacio "preocupante" en su mente.

En el despacho de Freud nada estaba allí por casualidad, pero tampoco, tal vez, por determinación intencional -a excepción de las exigencias técnicas planteadas por la utilización del diván-. Sin embargo, cada objeto arrastraba una historia significativa para su dueño y había sido colocada allí por algún motivo: desde *su* diván (una *cama de día* que le regaló -en 1890- Mme. Benvenisti, una paciente agradecida), o su silla de trabajo (situada detrás de su mesa) regalo de su hija Mathilde y que fuera "hecha a medida" para una entrevista en la BBC, o sus cuadros, sus libros, o su perro, todo estaba allí por algo. Y esto, para Freud -que *aconsejó* la *neutralidad* (pese a que este término no aparezca en su obra)²⁵ y la *abstinencia* analítica- al parecer, no era un problema²⁶.

Si cada objeto, cada estatuilla greco-romana o egipcia (más de cien), cada libro, cada cigarro, hablaba de la persona que era Freud²⁷, ¡hasta un oído sordo habría oído los gritos de la singularidad del dueño de aquel despacho!

Cada objeto hablaba de la persona Freud.

Nada estaba colocado por el azar.

Bleger comienza su clásico estudio sobre el encuadre psicoanalítico con las siguientes sugerentes palabras: "*Winnicott define el "setting" como la suma de todos los detalles de la técnica. Propongo (...) que adoptemos el término situación psicoanalítica para la totalidad de los fenómenos incluidos en la relación terapéutica entre el analista y el paciente. Esta situación abarca fenómenos que constituyen un proceso, que es el que estudiamos, analizamos e interpretamos: pero incluye también un encuadre, es decir, un "no proceso" en el sentido de que son las constantes, dentro de cuyo marco se da el proceso (...). Es así como dentro del encuadre psicoanalítico incluimos el rol del analista, el conjunto de factores espacio (ambiente) temporales y parte de la técnica (en el que se incluye el establecimiento y mantenimiento de horarios, honorarios, interrupciones regladas, etc.) (...) Una relación que se prolonga durante años, con el mantenimiento de un conjunto de normas y actitudes no es otra cosa que la definición misma de una institución. El encuadre es entonces una institución dentro de cuyo marco, o en cuyo seno, suceden fenómenos que llamamos comportamientos.*

Lo que me resultó evidente es que cada institución es una parte de la personalidad del individuo" (Bleger, 1997, p. 237-238).

Esta larga cita sugiere que el encuadre en el que el paciente se introduce cuando atraviesa el umbral del consultorio es *parte* de la personalidad del analista. Este es un

presupuesto estrictamente relacional, y el analista/Freud parece ofrecerse sin temor desde donde es como persona, y no desde donde *debe ser*.

Quizás, la institución psicoanalítica llegó a dar la vuelta a esta cuestión. En este sentido, leemos más adelante en Bleger: "*Fenichel escribió: "Fuera de toda duda, las estructuras individuales creadas por las instituciones, ayudan a conservar estas mismas instituciones". Pero además de esta interacción individuos-instituciones, las instituciones funcionan siempre (en grado variable) como los límites del esquema corporal y el núcleo fundamental de la identidad*" (Bleger, 1997, p. 238).

Así las cosas, tendidos ya en el diván del Dr. Freud, ¿es posible no sentir que *el otro* está ahí, desde su singularidad, desde su subjetividad? ¿es posible que *el otro* pueda esconderse detrás de su bien aprendida *neutralidad* y *abstinencia*? En todo caso, ¿Freud quiere esconderse?

Probablemente la respuesta a estas preguntas sea negativa, incluso -o tal vez, de modo especial- en las psicosis.

Quizás Freud no pensara nunca en esta cuestión, pero si lo hubiera hecho, ¿cuál hubiera sido su respuesta?

Bueno, nunca podremos responder por él, pero de lo que no cabe duda es de que, si su tiempo vital se lo hubiera permitido -desde su inquietud intelectual- sí hubiera escuchado con atención las palabras de Maurice Merleau-Ponty: "*Ciertamente puedo volverle la espalda (al otro), pero no puedo dejar de estar situado en relación con él (...). En la medida en la que tengo funciones sensoriales, un campo visual, auditivo y táctil, ya me encuentro en comunicación con otros en cuanto que sujetos psico-físicos similares (...) existe entre este mi cuerpo fenoménico y el del otro tal como lo veo desde afuera una vinculación interna, que provoca que el otro aparezca como la completación de un sistema (...) es precisamente mi cuerpo el que percibe el cuerpo del otro y percibe en ese cuerpo una milagrosa extensión de mis propias intenciones, una manera familiar de tratar con el mundo. Desde aquí en adelante, así como las partes de un cuerpo juntas conforman un sistema, mi cuerpo y el del otro son una totalidad, dos caras de uno y el mismo fenómeno*" (Merleau-Ponty, 1993, p. 365).

Cualquier autor relacional (venga de donde venga su camino, sea desde el intersubjetivismo, de la teoría de las relaciones objetales, desde la psicología del *self*, desde la orientación interpersonalista, el constructivismo o desde más allá del apego) suscribiría el pensamiento del fenomenólogo francés.

Pensamos que Freud también lo haría.

El *yo* para Freud "es ante todo un *yo corporal*" (Freud, 1923, p. 2721) delimitado por el cuerpo del otro, por el mapeado que realiza la ternura de la caricia materna sobre la piel del bebé, por los susurros estructurantes, por el investimento maternal imprescindible.

En una intimidad tan intensa como es el espacio (físico y psíquico) en el que se desarrolla el proceso terapéutico, donde el *yo* del terapeuta y el *yo* del paciente son, ante todo, corpóreos, ¿Freud no estaría de acuerdo en incluir como una dimensión fundamental del vínculo terapéutico el aspecto de los dos cuerpos-en-relación (o aspecto relacional del cuerpo²⁸)?

Seguramente sí.

Entonces, ¿cómo pudo el analista llegar a alucinar que podía ser *neutro*? ¿cómo a pensar la *abstinencia* como un ideal sin el cual el portaobjetos de la cura, la transferencia, se ensuciaba?²⁹

Neutralidad y abstinencia, dos principios de la ortodoxia que, de cara a la consecución de los objetivos del presente trabajo, precisan de una somera definición.

La abstinencia analítica hace referencia a la exigencia de que los síntomas del paciente no encuentren satisfacciones sustitutivas en la actitud, consciente e inconsciente, del terapeuta.

La neutralidad analítica apunta a la ausencia de deseo en el analista, al desprendimiento de los ideales y valores personales del terapeuta, de modo que permita un lugar de acomodo para el paciente, una posición *neutral*, que no juzgue, ni siquiera de modo interno.

Dos

*"El camino hacia la interioridad
pasa a través del otro"*

(Williams, 1992, p. 15, citado por Mitchell, 2015, p. 1)

Ciertamente no existe "una escuela" de psicoanálisis relacional.

El término surge de una reunión entre psicoanalistas norteamericanos encabezados por Stephen Mitchell, en el año 1983³⁰: "*Stephen Mitchell y yo nos referimos a la tradición relacional, y no a la escuela relacional, para subrayar que estábamos identificando una tendencia, una dirección en el psicoanálisis americano reciente y no una*

escuela o sistema de creencias más formalmente organizado y coherente" (Aron, 2015 en Mitchell, 2015, p. 14).

Pese a que Lewis Aron vincula el origen del término a la posición crítica de la corriente relacional en contraste con la teoría y la práctica clásicas dentro del psicoanálisis americano, lo cierto es que las raíces de esta tradición agarran tierra en los autores europeos que preceden a la teoría interpersonal e intersubjetiva³¹, en cuanto que teorías organizadas y constituidas formalmente.

Una de las razones para la elección del término *relacional* fue subrayar cierta inespecificidad conceptual de modo que no implicara una vinculación específica con escuelas o teorías bien establecidas en el paradigma psicoanalítico³².

Por tanto, más que una nueva escuela, es un modo de tratar de integrar una larga tradición en psicoanálisis: *"la perspectiva relacional, aunque muchas veces se presenta como una escuela norteamericana nacida en la década de los 80 del siglo pasado, no se identifica como tal escuela, sino como una tradición, una tendencia, dentro del psicoanálisis, que se remonta a más de cincuenta años antes, en Europa, y que no nace de un solo teórico o de un grupo homogéneo de teóricos. Según Bromberg, uno de los asistentes a la reunión de Nueva York, "Freud, Klein, Ferenczi, Fairbairn, Winnicott, Sullivan y Kohut son todos figuras parentales importantes, aunque ninguno tenga autoridad parental" (Bromberg, 2009, pp. 347-361)"* (Daurella, 2018).

Esta tradición posee denominadores comunes, y tal vez el más importante sea el que bajo su paraguas se sitúan teóricos bien distintos pero que comparten una *perspectiva nuclear* (entonces, no tan distintos) que hoy, explicitarla, parece casi bochornoso³³: *"la mente humana, su desarrollo normal, su patología y el proceso de su crecimiento terapéutico se configura relacionamente, a través de la relación con otra mente"* (Daurella, 2018).

Hemos querido partir del trabajo de Neri Daurella porque pareciera estar escrito *ad hoc*: la autora no sólo efectúa una muy lúcida actualización de conceptos clásicos controvertidos como son la transferencia y la contratransferencia, sino que los estudia y fundamenta dirigiendo su óptica hacia el concepto (entramado en la psicología del *self*) de *responsividad óptima* (Wolf, 1976; Bacal, 1998; Bacal & Herzog, 2003; Ávila, 2005): *"el terapeuta que funciona en el registro de la reponsividad óptima tiene en cuenta tanto los marcadores o señales que el paciente da de lo que espera de las repuestas del terapeuta, así como de las repuestas del paciente a las repuestas percibidas. Estas señales, presentes*

desde los primeros contactos, dan información muy valiosa sobre las necesidades de objeto-sí mismo que no han sido satisfechas por los cuidadores anteriores" (Coderch, 2014, p. 296).

Es decir, Daurella aúna en un trabajo el esfuerzo de un siglo de pensamiento por resistir y no sucumbir al empuje de la pulsión³⁴: *"la teoría del psicoanálisis relacional, lejos de evitar lo intrapsíquico, está construida sobre la premisa de que lo intrapsíquico y lo intersubjetivo son modos complementarios de experiencia y que ambos son necesarios para explicar la influencia recíproca y espiral de los sucesos interpersonales en el desarrollo psíquico y el impacto del mundo interno y la vida de fantasía inconsciente en la interacción humana (...). Utilizo los términos intrapsíquico e intersubjetivo como Benjamin (1995) los definió, para referirme a dos tipos de relaciones con el self y el otro, dos modos complementarios de experiencia, en los cuales los individuos se relacionan tanto con el self como con el otro, y ambos como sujeto y objeto"* (Aron, 2004, pp. 39-40).

Pero, *a más a más*, este valor es un reflejo de su perfil profesional: Daurella ejemplifica un logro reciente del psicoanálisis como paradigma: hoy existe (quizás, no sin dificultad) la posibilidad de convivencia -sin aniquilación- entre la institución psicoanalítica (la autora es miembro de la Sociedad Española de Psicoanálisis (SEP) vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA)) e instituciones fuera de la ortodoxia (Daurella también pertenece a la Asociación Internacional para el Psicoanálisis y la Psicoterapia Relacional (IARPP), no vinculada a la IPA) en cuyos presupuestos, la teoría pulsional freudiana queda, desde luego, relegada³⁵: *"apertura a lo nuevo y gratitud a lo viejo"* (Aron, 1996)³⁶.

Como hemos visto, cuando Bromberg enuncia las parentalidades del *psicoanálisis relacional* incluye en primer lugar a Freud. Luego para él (que fue uno de los asistentes a la reunión fundacional en Nueva York), debe existir, por algún lado, un *Freud relacional*.

Apertura a lo nuevo y gratitud a lo viejo... *"los teóricos relacionales tienen en común un interés tanto en lo intrapsíquico como en lo interpersonal, pero lo intrapsíquico es visto o constituido ampliamente por la internalización de la experiencia interpersonal mediada por las restricciones que imponen los patrones (moldes) organizados biológicamente. Los teóricos relacionales tienden también a compartir una visión en la que tanto la realidad como la fantasía, el mundo externo como el interno, lo interpersonal y lo intrapsíquico juegan un papel inmensamente importante e interactivo en la vida humana. Los teóricos relacionales no sustituyen a la teoría pulsional un ingenuo ambientalismo. Se le da su debido lugar a lo que el individuo trae a la interacción: temperamento, acontecimientos corporales, responsividad (reactividad) fisiológica, distintos patrones de regulación y sensibilidad. A diferencia de los primeros críticos de la teoría pulsional, la teoría*

relacional no minimiza la teoría del cuerpo o de la sexualidad en el desarrollo humano. Los teóricos relacionales siguen estando interesados en la importancia del conflicto, aunque el conflicto es visto como teniendo lugar entre configuraciones relacionales opuestas más que entre pulsión y defensa. La teoría relacional es esencialmente psicológica y no una teoría biológica o cuasi-biológica; su preocupación primordial está relacionada con asuntos de motivación y de significado y sus vicisitudes en el desarrollo humano, en la psicopatología y en el tratamiento" (Ghent, 1992, p. XVIII, citado por Liberman, en Ávila 2013, p. 386).

Primero Kohut (1971, 1977), y luego Benjamin (1995), entre muchos otros, insisten en la necesidad evolutiva que tiene el infante -o el paciente- de ser reconocido (el reconocimiento, en términos generales, implica la posibilidad que se le abre o no al bebé -o infante- para sentir la valoración del otro significativo de sus competencias para la vida) y poder lograr una adecuada identificación en la consecución de una necesaria integración del *self*.

Lewis Aron (2000) trabaja con Benjamin (Aron & Benjamin, 1999) y participa de la insistencia de esta analista norteamericana en instar a los psicoanalistas a ir más allá de la teoría de las relaciones objetales: "*<<donde los objetos eran, los sujetos deben estar>>*". *Su particular visión de la teoría de la intersubjetividad con su reconocimiento de tanto lo intrapsíquico como lo intersubjetivo como campos importantes de la exploración psicoanalítica, extiende y profundiza el trabajo sobre el autoconocimiento reflexivo³⁷, para incluir tanto las negociaciones internas y la tensión entre los sí-mismos múltiples así como el diálogo externo entre uno mismo y el otro (...) el reconocimiento es una dimensión relacional que implica un énfasis en el self y en el otro como sujetos separados e independientes, sin embargo, la identificación subraya una dimensión de relacionalidad como sujetos iguales. La mutualidad implica relacionalidad sujeto-a-sujeto, donde la complementaridad implica la relatividad sujeto-objeto, la intersubjetividad y lo intrapsíquico son necesarios porque la mutualidad y la complementaridad están siempre operando" (Aron, 2004, p. 49).*

Pero esta influencia bidireccional analista-paciente/paciente-analista (esta mutualidad³⁸) no implica una simetría. La asimetría de la relación analítica deriva de la posición de *especial responsabilidad y autoridad del terapeuta* respecto del paciente: "*reconocer que se da una influencia mutua no implica que la influencia sea igual, la relación analítica puede ser mutua sin ser simétrica. Toda relación humana que merezca ese nombre implica esa bidireccionalidad de influencia y regulación, que se constata desde la observación de estados precoces del desarrollo, en especial en la mutua influencia madre-bebé propuesta por Beebe-Lachmann (1988, 1994); Beebe, Lachmann y Jaffre (1997);*

Lachmann y Beebe (1996), en representación de muchos otros investigadores del desarrollo (c.f. Stern, 1985; Emde, 1988a, 1988b)". (Ávila, 2005, pp. 198-199)³⁹.

Yendo un poco más allá, existe también asimetría no solo entre los roles paciente/terapeuta, sino entre las dos subjetividades que participan del juego⁴⁰, en sus aspectos conscientes y no conscientes: las distintas motivaciones, las necesidades diferentes, las expectativas particulares, etc., que se vierten e irán conformando la matriz relacional.

El análisis del proceso psicoanalítico, así como el del desarrollo evolutivo del bebé, donde las necesidades de reconocimiento (del sujeto como agente de sus actos) e identificación son prioritarias para el desarrollo de la mente, se complejiza⁴¹.

Benjamin (2004), retomando la tradición en el psicoanálisis del *tercero* analítico (Lacan, 1975, Ogden, 1986; Kristeva, 1987), elabora -desde la clínica- la *posición del tercero* en la cual cobra importancia determinante la relación del analista consigo mismo.

Es clásica la posibilidad de encontrar en Freud la opción para el *tercero analítico* en la particular relación que siempre mantuvo con su propia teoría psicoanalítica, ofreciendo desde tal lugar un espacio al paciente para poder pensar-se desde una perspectiva distinta a la alienación de su enfermedad.

En estas mimbres iniciales de la matriz en la que el paciente se introduce y al tiempo, contribuye a constituir, donde puede generarse un crecimiento mutuo -en la propia relación de cada cual con con su *self*-, en el intercambio de roles con el analista que a la vez es sujeto y objeto para el paciente (y viceversa), pero también -en primer lugar-, para sí mismo, se estructura un espacio creativo.

Es esperable que el analista pueda desplegar relaciones múltiples y complejas consigo mismo que incluyan la incerteza del no saber y la capacidad de sostener la angustia concomitante.

Esta habilidad del analista crea un espacio triangular con la relación terapéutica donde es posible pensar.

Es así como la disposición afectiva y mental compleja de uno de los miembros de la díada, permite la internalización, en el otro, de modos más complejos de relación consigo mismo y, por tanto, también con el otro: *"es crucial la perspectiva del analista sobre sí mismo, como participante que es de la relación, la actitud del paciente hacia el analista, y también la consideración del paciente sobre la actitud del analista hacia el paciente. Hasta donde el analista usa (consciente y no conscientemente) la experiencia de sí mismo con el otro, se articula con el uso del analista como objeto que el paciente requiere*

para restaurar los déficits o fallas ambientales (Winnicott) o las heridas narcisistas del self (Kohut) (...). Los procesos de reconocimiento y destrucción que están en el eje de la construcción de la matriz relacional sobre la que se edifica el sí mismo, abren el juego de la terceridad (Ogden, 1989; Benjamin, 1988, 1995, 2004). Por ello, quizás no sea satisfactorio el escaso poder descriptivo y explicativo del proceso analítico y del cambio terapéutico que alcanzamos con los conceptos de transferencia y contratransferencia" (Ávila, 2005, p. 199).

En cada sesión psicoanalítica dos campos psicológicos, dos campos subjetivos de experiencia, interaccionan. Cada uno de estos campos dispone de su estructuración previa y de sus formas particulares de desplegarse en las relaciones, de sus ataduras, sus dificultades, al fin, de sus particularidades.

Al entrar en contacto conforme a ciertas normas necesarias de funcionamiento (contrato de trabajo y encuadre), comienzan -lo quieran o no- un proceso de influencia mutua (bidireccional). Resultado de este proceso será que -poco a poco-, ambos campos psicológicos se irán modificando.

Estas afectaciones y modificaciones mutuas darán lugar, también muy lentamente, a nuevas construcciones en un primer momento *externas* a ambos -si tal expresión fuera pertinente-, pensadas, sentidas en la superficie de la piel, pero aún no introyectadas.

En un segundo tiempo del tratamiento se irá produciendo el necesario proceso de interiorización e identificación y consecuente modificación -diferente para cada cual- de los iniciales campos psicológicos de los participantes⁴².

Es así que se forja una historia de relación transformadora a lo largo del desarrollo del psicoanálisis⁴³.

La piedra angular del proceso analítico ha dejado de ser la interpretación por parte del analista del *material* que presenta el paciente, la interpretación del enraizamiento de su patología en conflictos infantiles inconscientes y de su irreductible compulsión a la repetición arraigada en su pulsión de muerte, para dar lugar a un *encuentro de mentes* (Aron, 1996) y de afectividades, donde lo inconsciente desde luego tiene su lugar preferencial⁴⁴, pero donde el terapeuta sabe de su implicación y participación afectiva, de su capacidad de influencia, de su necesidad de dejarse afectar, de sus inadecuaciones, de sus limitaciones, de su responsabilidad personal, al fin, no sólo profesional, con el *otro-que-sufre* y que le demanda ayuda.⁴⁵

REFERENCIAS: Se incluirán en la segunda parte de este trabajo.

Original recibido con fecha: 11/2/2022

Revisado: 1/3/2022

Aceptado: 30/03/2022

NOTAS:

¹ Mi agradecimiento al Dr. Carlos Rodríguez Sutil por su generosidad y acierto en saber poner su erudición al servicio del rigor empleado en la revisión del presente trabajo.

² La riqueza conceptual de este texto es enorme. En él convergen reformulaciones teóricas, prescripciones clínicas e indicaciones técnicas. Según Fernández, abordamos un texto con un marcado carácter programático: *"se trata del mejor trabajo de síntesis y programático sobre la delineación de los diversos objetivos terapéuticos en psicoanálisis, visto a la luz de la evolución de todo el pensamiento técnico freudiano"* (Fernández, 1987, p. 120).

³ Ciertamente, *"Freud, igual que los antropólogos y lingüistas del siglo XIX, suponía que la mente del ser humano poseía un contenido independiente de la experiencia social y anterior a ella. El significado es inseparable de la fisiología del hombre, es su contenido biológico. Así, la mente del individuo tiene un contenido a priori que trata de expresarse dentro del medio social (...). Para los teóricos del modelo de las relaciones, los antropólogos y los lingüistas modernos, la mente del individuo es tanto un producto de la matriz cultural y lingüística dentro de la cual se produce, como un participante interactivo en ella. El significado no se da a priori: se deriva de la matriz relacional. El campo de las relaciones constituye la experiencia individual"* (Mitchell, 1993, p. 31), ¿lograremos encontrar en Freud, inmerso en el espíritu científico de su época, siquiera antecedentes de concepciones tan actuales?

⁴ *"Deberíamos lograr una historia estructural del pensamiento freudiano. Una historia que captara los contextos de una época dando cuenta de su génesis, su introducción y su procesamiento intrateórico. Una historia que no es la de una racionalidad progresivamente creciente"* (Hornstein, 1990, p. 176).

⁵ Al parecer Freud estuvo menos solo de lo que la leyenda hagiográfica hace entender, pese a la evidente legión de opositores que siempre encontró en su camino y que, aun hoy, encuentra el psicoanálisis (Botero et al. 2001).

⁶ *"Después del Congreso de Nuremberg (Abril de 1910), donde Freud leyera "El porvenir de la Terapia Psicoanalítica" (1910a) y de la publicación ese mismo año de "El psicoanálisis silvestre" (1910b), durante los años 1911-1915 vieron la luz una serie de seis escritos sobre técnica que en 1918 fueron reunidos por su autor y reimprimidos juntos con el título "Zur Technik der Psychoanalyse" ("Sobre la técnica del psicoanálisis") en la cuarta serie de sus "Sammlung Kleiner Schriften zur Neurosenlehre" (J. Strachey, A.E., vol. XII, p. 80; E. Jones, 1955, p. 250)"* (Tinajas, 1999, p. 268). De estos seis artículos, los últimos cuatro fueron una serie especial, constituyen los principales artículos técnicos y fueron escritos con una motivación defensiva y delimitativa: las disensiones dentro del Movimiento Psicoanalítico (Adler en 1911, Stekel en 1912 y, sobre todo Jung en 1914) generaron mucha tensión interna, ofreciendo además un flanco debilitado para el ataque a una joven y polémica disciplina: *"los psicólogos de la Psicología General, así como otras personas, aprovecharon gustosos la ocasión de declarar que, dado que existían tres "escuelas de Psicoanálisis" -Freud, Jung y Adler- que no podían ponerse de acuerdo acerca de sus propias decisiones, nadie tenía necesidad de tomar toda la cosa en serio. Todo era bastante dudoso. Fue esta última consideración (...) la que impulsó a Freud a defender sus derechos en cuanto a la obra por él realizada, escribiendo durante los meses de enero y febrero de 1914, su ensayo, de carácter polémico, titulado "Historia del movimiento psicoanalítico"* (Jones, 1989, vol. 2, p. 165). Freud entonces se propuso una serie especial de cuatro artículos que expusieran *"los principios generales o las líneas directrices del método y dejar librada su aplicación a la práctica y la experiencia"* (Jones, 1955, p. 252). Estos artículos, publicados entre 1912 y 1915 fueron publicados con el título general de *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico*. El tercero de estos trabajos es *Recuerdo, repetición y elaboración*.

⁷ Tal vez merezca la pena releer la cita completa en la traducción de Strachey: *"En efecto, el psicoanálisis es creación mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el disgusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó sobre mi cabeza en forma de crítica. Me juzgo con derecho a defender este punto de vista: todavía hoy, cuando hace mucho he dejado de ser el único psicoanalista, nadie puede saber mejor que yo lo que el psicoanálisis es, en qué se distingue de otros modos de explorar la vida anímica, qué debe correr bajo su nombre y qué sería mejor llamar de otra manera. Y mientras así refuto lo que me parece una osada usurpación, doy*

a nuestros lectores un esclarecimiento indirecto sobre los procesos que han llevado al cambio de directores y de modalidad de presentación de esta revista." (Freud, 1914b, A. E. vol. VII, p. 7).

⁸ El Dr. Pedro Fernández Villamarzo, exégeta de la obra freudiana, afirma que "esta decisión freudiana de salvaguardar por encima de todo una coherencia conceptual y técnica que sirviera de punto común de partida y constante referencia para toda nueva aportación psicoanalítica podría explicar, al menos en parte, su, aunque bien matizada, siempre intolerante actitud frente a cualquier conato de disidencia" (Fernández, 1986, p. 271).

⁹ En el Congreso de Nuremberg, en 1910, se fundó la Asociación Psicoanalítica Internacional, cuyo primer presidente fue Carl Gustav Jung. Los desencuentros de Freud con Jung se precipitarían a partir de Nuremberg.

¹⁰ En este aspecto existen opiniones encontradas entre los investigadores. Por ejemplo, para Herman (1992), la renuncia de Freud a la teoría traumática en pro de la teoría de la pulsión -de la fantasía patógena- representó el débito de Freud a la presión de una biempensante sociedad victoriana -y particularmente, la clase médica- que escondía debajo de sus cómodas alfombras sus pecados inconfesables. Fernández (1987) por su parte, considera que tales influencias no afectaban a las conclusiones científicas Freud, derivadas siempre de la clínica. Según Fernández Villamarzo, Freud no renunció nunca -por completo- a su teoría inicial, encontrando una ampliación etiopatogénica en la teoría de la fantasía traumática.

¹¹ A partir de 1910, Carl G. Jung, flamante presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional, comenzó a apartarse de la teoría freudiana de la libido, explicitándose este alejamiento sin retorno a partir de la publicación en 1911 de su trabajo *Símbolos de la libido*. Tres años más tarde, el 20 de abril de 2014, Jung renuncia a la Presidencia de la A.P.I.: "mis puntos de vista contrastan tan vivamente con las ideas de la mayoría de los miembros de nuestra Asociación que ya no puedo seguir considerándome una persona apta para el cargo de presidente" (Freud, E., Freud, L. & Grubrich-Simitis, I, 1976, p. 198). Tres meses después, en julio de 2014, poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial y coincidiendo con la finalización del ensayo freudiano *Recuerdo, repetición y elaboración*, Jung renuncia a su pertenencia a la Asociación Psicoanalítica Internacional. La finalización de la relación con Freud supuso para éste una pérdida científica, institucional y personal de primer orden. En este duelo, estalla la Gran Guerra.

¹² En este sentido, nos dice Joan Coderch: "Pero sabemos también cómo el mismo Freud "temiendo los abusos a los que estaría sujeto el psicoanálisis en cuanto se hiciera popular" (1914), no sólo creó la IPA, sino que adoptó una posición de control de la ortodoxia psicoanalítica mediante la creación de un comité secreto, prestando apoyo a la creación de una estructura autocrática que velara por las esencias psicoanalíticas y declarara lo que es y lo que no es psicoanálisis. Más aun, utilizó la interpretación de las motivaciones inconscientes de los discrepantes como argumento para descalificarlos y este recurso al ataque ad hominem se hizo común entre psicoanalistas. Así ni es raro leer en la correspondencia de Abraham con Freud que Rank padecía "una regresión innegable hacia la fase anal-sádica" o en la de Freud con Jones que en Ferenczi se habían producido "regresiones a los complejos de su niñez" (Bergmann, 1997) cuando estos autores dan muestras de un pensamiento propio y diferenciado en algunos aspectos del suyo" (Coderch et al, 2014, p. 382).

¹³ Ávila, comunicación personal.

¹⁴ Si bien es cierto que Freud afirmó que el objeto del psicoanálisis era la angustia, es como si esta perdiera su dimensión esencial -sufrimiento encarnado en el pecho, en el rostro- en su disección metapsicológica. También es cierto que el mismo Freud, al final de sus días, afirmó que, en toda su vida de estudio, no había logrado una explicación satisfactoria para la angustia.

¹⁵ "La referencia más inmediata de este escrito freudiano, previa a su publicación en diciembre de 1914 (E. Jones, 1955, p. 254) se encuentra en la carta que el 29 de Julio de ese mismo año Sigmund Freud dirige a Karl Abraham. En ella le comunica la realización de dos trabajos técnicos, refiriéndose en primer lugar a "Recuerdo, repetición y elaboración" y, en segundo lugar -en título abreviado- a "Observaciones sobre el amor de transferencia" que se publicaría en enero de 1915" (Tinajas, 1999, p. 270).

¹⁶ La producción científica de Freud era enorme. A principios de agosto de ese mismo año, 1914, y con idéntico objetivo delimitador de lo que era su obra, concluía la elaboración de doce trabajos metapsicológicos (Gallo, 1998).

¹⁷ Fue Winnicott, no Freud, quien introdujo el término *setting* en la literatura psicoanalítica (Schroeder, 2010), entendiéndolo como el sumatorio de todos los detalles de la técnica que, entre otras funciones, debe contribuir

a facilitar las condiciones donde la rabia y agresividad del paciente pueda emerger, pero también, donde emerja igualmente la capacidad del analista para sobrevivir a tal agresividad.

¹⁸ *"Los dogmatismos que han caracterizado la historia del psicoanálisis, cuando este olvida su carácter de Ciencia problemática de la Subjetividad, y pasa a ser "Movimiento" o "Escuela", han favorecido paradójicamente un justificacionismo freudiano para todas las hipótesis"* (Ávila, 2013, p. 59).

¹⁹ O lo que es lo mismo, información, aun simbólica (cuadros que aludieran al gusto personal del analista, ambientadores, cortinas, etc.), que transgrediera el necesario anonimato de la persona del analista, que filtrara aspectos de su ámbito personal o privado, y que pudieran *enturbiar* la transferencia con *elementos de realidad*. El consultorio debía responder al canon de estar desprovisto de cualquier elemento con una atribución personal, lo que en ocasiones llevaba a la paradoja de que los elementos presentes en la consulta habían sido elegidos por el analista *personal e intencionadamente* para que no transmitieran nada suyo ni personal, ni intencional.

²⁰ *"En ocasiones yo me encontraba en las escaleras con su esposa, así como con sus tres hijos y dos hijas, de modo que sólo los conocía de vista (...). Tenía la impresión de que la vida familiar de Freud era muy tranquila y armoniosa"* (Pankéyev en Garnider, 2002, p. 168).

"En la escalera izquierda vi con frecuencia a la señora Freud, Martha, casi siempre con una canasta llena de víveres" (Kardiner, 1979, p. 24).

²¹ *"En 1926 le confesó al periodista George S. Viereck que padecía un cáncer en la mandíbula y de paso le dijo: "Prefiero la compañía de los animales a la compañía humana. Son más simples. No sufren de una persona dividida. El animal es cruel, salvaje, pero jamás tiene la maldad del hombre civilizado. Ésta es la venganza contra las restricciones que esa sociedad les impone... Mucho más agradables son las emociones simples y directas de un perro al mover su cola, o al ladrar expresando displacer. Las emociones del perro nos recuerdan a los héroes de la antigüedad. Tal vez sea esa la razón por la que inconscientemente damos a nuestros perros nombres de héroes como Aquiles o Héctor."* (Viereck – Freud, 1926).

²² Cf. A. Sassenfeld, comunicación personal.

²³ ¿Qué mejor testimonio que aquel de quien fue su paciente? Sergei Pankéyev, el Hombre de los Lobos de Freud, que no duda en ser crítico con su analista (Obholzer, 1996), también sabe describirnos el ambiente en el que transcurrió su primer análisis con Freud: *"Desde el comienzo tuve la impresión de que Freud tenía un don especial para encontrar un afortunado equilibrio en todo lo que emprendía. Era una característica que se expresaba también en el aspecto de su casa en la Berggasse. Recuerdo como si fuera hoy mismo los dos estudios adyacentes, con la puerta abierta entre ellos y las ventanas que daban a un pequeño patio. Siempre había allí algo de paz y de quietud sagradas. Las habitaciones mismas deben haber sido una sorpresa para cualquier paciente, porque de ningún modo hacían pensar en el consultorio de un médico, sino más bien en el estudio de un arqueólogo. Había toda clase de estatuillas y de objetos desacostumbrados, que incluso el lego reconocía como hallazgos arqueológicos provenientes del antiguo Egipto. Sobre las paredes se veían placas de piedra que representaban diversas escenas de épocas hace mucho tiempo extinguidas. Algunas macetas con plantas daban vida a las habitaciones y una mullida alfombra y los cortinados ponían la nota hogareña"* (Pankéyev en Garnider, 2002, p. 163).

²⁴ Cf. Comunicación personal.

²⁵ Según Laplanche y Pontalis, el término *neutralidad* no se encuentra en la obra de Freud (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 257), fue J. Strachey quien introdujo el término en su traducción al inglés de la obra freudiana.

²⁶ *"Una vez, durante una hora de análisis, Freud me contó que acababa de recibir la noticia de que su hijo menor se había roto una pierna mientras esquiba, pero que afortunadamente la lesión era leve y no había peligro de daño permanente. Freud siguió diciendo que de sus tres hijos el menor era el más semejante a él por su carácter y temperamento. Más adelante Freud volvió a hablar de su hijo menor en relación con otra cosa (...) me contó que también su hijo menor había querido ser pintor, pero que después había abandonado la idea para dedicarse a la arquitectura. "Solo me habría decidido por la pintura", le dijo a su padre, "si hubiera sido muy rico o muy pobre" (...) Freud consideró acertada la decisión de su hijo y bien fundado su razonamiento"* (Pankéyev en Garnider, 2002, p. 169).

"En nuestras horas juntos, hubo muchos intercambios personales. Yo le quería mucho. Era una persona a quien se podía querer, muy agradable, con fino sentido de humor, lleno de gracia y erudición." (Kardiner, 1979, p. 78). Pese a esta afirmación, el mismo Kardiner nos transmite como con otros pacientes (J. Strachey o J. Rickman) su comportamiento era bien diferente: *"Nunca dice una palabra"* (Kardiner, 1979, p. 80).

²⁷ Serguéi Pankéyev, en *Conversaciones con El Hombre de los Lobos. Un psicoanálisis y sus consecuencias* (Obholzer, 1996), afirma que años después de la muerte de Freud observó, en una fotografía de su escritorio, la estatuilla egipcia que él, el *Hombre de los Lobos*, le regaló a Freud al finalizar su primer psicoanálisis (siguiendo su consejo, al objeto de reducir el sentimiento de deuda del paciente con el analista).

²⁸ *Del cuerpo individual a un cuerpo relacional: dimensión somática, interacción y cambio en psicoterapia* (Sassenfeld, 2007).

²⁹ Esta pregunta no es, ni mucho menos, nueva. De hecho, en carta a Ferenczi escrita el 4 de enero de 1928, Freud apunta a la misma cuestión: "Mis consejos sobre técnica propuestos en su momento eran esencialmente negativos: Lo que me pareció más importante era resaltar lo que no convenía hacer, y señalar las tentaciones que vienen a contracorriente del análisis. Casi todo lo que está por hacerse de positivo, lo he dejado a expensas del tacto que Vd. menciona. Pero el resultado así obtenido fue que los sujetos obedientes no captaron la elasticidad de las convenciones y se sometieron a ellas como si se tratara de leyes con valor de tabú. Será necesario revisar esto un día, por supuesto sin anular las obligaciones" (Freud-Ferenczi, Carta 1113, 1928).

³⁰ No obstante, el término *psicoanálisis relacional* parece haber sido previamente consensuado por Jay Greenberg y Stephen Mitchell (Mitchell, 1993, p. 13; Aron, 2015, en Mitchell, 2015, p. 18).

³¹ "Benjamin atribuye a R. Stolorow y sus colegas la introducción del término "intersubjetividad" en el ámbito de la teoría clínica. Después de caracterizar su propia obra como una ampliación de la teoría del yo psicoanalítica, describen la intersubjetividad en el contexto analítico como "el campo psicológico específico constituido por la intersección de dos subjetividades, la del paciente y la del analista" (Stolorow, Brandschaft y Atwood, 1987, p. 1). De manera similar, en *A primer of clinical intersubjectivity*, Natterson y Friedman afirman: "La intersubjetividad es el término genérico que designa la influencia recíproca de las subjetividades conscientes e inconscientes de dos personas en un vínculo" (p. 1)." (Wallin, 2012, p. 59).

³² "-Mitchell, 1988- en esta obra Mitchell (...) desarrolló una estructura contenedora o un plan de acción que permitía a un pensador integrar conceptos relacionales de una gran variedad de teorías psicoanalíticas y formular una integración relacional unitaria. Este marco incluye tres dimensiones: un polo del self, un polo del objeto y un polo interaccional. Mitchell demostró de manera convincente que las teorías relacionales pueden ser divididas entre aquellas que enfatizan cada uno de estos tres polos" (Aron, 2015 en Mitchell, 2015, p. 16). En esa misma obra, Mitchell desarrolla su particular integración de conceptos relacionales en su *teoría del conflicto relacional*.

³³ Sin embargo, es preciso tener en cuenta que, en los años 80, cuestionar la hegemonía de la teoría de la pulsión en el pensamiento psicoanalítico institucional suponía, automáticamente, la posibilidad de estar fuera de la institución. Es decir, tener el valor de estar en ningún lado (Pereña 2002, 2011). Y esto se extendía a todas las sociedades psicoanalíticas amparadas o vinculadas a la Asociación Psicoanalítica Internacional, fueran freudianas, kleinianas, procedentes de las relaciones objetales o de allí donde fuera (Joan Coderch, comunicación personal).

³⁴ "(...) nuestra creencia de que las mayores corrientes dentro del pensamiento psicoanalítico post-clásico han lidiado, en diferentes grados y cada uno a su manera, con el reemplazo de la metapsicología freudiana de la pulsión por un marco de trabajo basado más fundamentalmente en las relaciones entre el self y los otros. Ha habido importantes cambios paradigmáticos en muchos y diferentes niveles de construcción teórica: clínicos, de desarrollo, técnicos y epistemológicos" (Mitchell, 1991, p. 4, citado por Liberman en Ávila 2013, p. 383).

³⁵ "Para los teóricos relacionales, todos los significados se producen en la relación y por ello nada es innato de la misma manera que en el modelo pulsional. Incluso se cree que los acontecimientos corporales más elementales, como el hambre, la defecación y el orgasmo, se experimentan mediante las texturas simbólicas de la matriz relacional y en ese contexto se interpretan (...) en un sentido amplio, el propio establecimiento de la matriz relacional es innato, y quizás es mejor definir el desarrollo humano como "el despliegue continuo de una naturaleza social determinada de manera intrínseca" (Stern, 1985, p. 234)" (Mitchell, 1988, p. 78).

³⁶ "Para una visión relacional, los deseos o las motivaciones sólo cobran sentido y/o significado insertas en relaciones o configuraciones relacionales (Self-otro) y dependerá de la historia singular de cada uno, de cada persona, qué deseo o motivación, o qué deseos o motivaciones, son predominantes o han sido más desarrolladas. Lo que mueve a los seres humanos, sostendrá Mitchell, tendrá en cada caso la singularidad de su recorrido biográfico" (Liberman, 2013, p. 384). Yendo un paso más allá, un deseo o una motivación es en cuanto que tiene *sentido* (Benyakar & Lezica, 2016), es decir, existe una relación significativa en la que cobra *un sentido* (aunque sea un sentido

enfermizo). De lo contrario *no-es*, quiere decir, es angustia o vacío (postulados que podemos encontrar en Winnicott (1974) y Green (1993)). En la discusión con su amigo Jay Greemberg, en relación a la necesidad o no de mantener un concepto de pulsión, Mitchell sostiene: "*Pienso que Fairbairn (como Sullivan) lucharon por un modo diferente, fundamentalmente social, de comprender la naturaleza de los seres humanos, no como arrastrados a la interacción sino como insertos en una matriz interactiva con los otros como su estado natural*" (Mitchell en Greenberg, 1998, p. 117, citado por Liberman en Ávila 2013, p. 387).

³⁷ La *auto-reflexividad* es un proceso complejo que debe distinguirse de la acepción común del término. Lejos del proceso cognitivo de tratarse de pensar a uno mismo desde una posición de distancia, la auto-reflexividad, como concepto técnico para Aron, "*incluye el proceso dialéctico de la experienciación de uno mismo como sujeto, así como el reflejarse en uno mismo como objeto (...). El auto-conocimiento reflexivo es un proceso tanto intelectual como emocional; implica mentalización consciente y subconsciente; se nutre de representaciones simbólicas, icónicas y experienciadas en la acción; implica la mediación del self-como-sujeto con el self-como-objeto, el yo (I) y el "yo-mismo" (me), los "sí-mismos" verbales y corporales, el "otro-como-sujeto" y el "otro-como-objeto" (...) la auto-reflexividad siempre atañe a una unión afectiva, a un encuentro de mentes*" (Aron, 2004, pp. 39-40). El autor enfatiza la tensión dinámica existente entre el autoconocimiento objetivo *-yo me observo como objeto-* y el subjetivo *-yo como sede de la experiencia, "yo-experiencial"*, si se pudiera decir así-, donde desempeña un papel primordial la habilidad para la integración de las funciones de observación y de experimentación, cuyo resultado será un mayor o menor nivel de integración entre el pensamiento (procesos cognitivos) y los afectos, entre la mente y el cuerpo. La autoreflexividad, para Aron "*se desarrolla dentro de la matriz relacional (Mitchell, 1988) e inherentemente es un proceso intersubjetivo*" (Aron, 2004, p. 40. La llamada a nota es nuestra).

³⁸ "*La idea distintiva de lo mutuo es que las partes se unen a través del intercambio en el mismo acto, como ocurre, por ejemplo, en los pactos de mutuo acuerdo; mientras que la idea distintiva de reciprocidad es que una parte actúa en respuesta a algo hecho por la otra parte, como por ejemplo en la amabilidad recíproca*" (Aron, 1996, citado por Colectivo GRITA, 2005, p. 185). Podría decirse que la *mutualidad* (aquello que los sujetos comparten en el vínculo: amor, ilusión, odio, preocupación, etc.) está contenida en la *intersubjetividad* (campos psicológicos de experiencia que interactúan) entre ambos sujetos, dado que ésta última incluye aquellos elementos vinculares que no comparten los sujetos, aunque formen parte del vínculo.

³⁹ "*Ciertamente no existe simetría, pero si se reduce la asimetría, el análisis se vuelve más "democrático" según Brandschaft*" (Rodríguez Sutil, comunicación personal).

⁴⁰ ¿No fue Winnicott quien afirmó que el psicoanálisis es *un juego sofisticado del siglo XX?*

⁴¹ En el siguiente fragmento de la interesante entrevista -por el grado de intimidad logrado- realizada por G. S. Viereck, en el año 1926, titulada *El valor de la vida*, Freud deja la puerta abierta a (éste) futuro del psicoanálisis (que será el pasado del que vendrá):

"George Sylvester Viereck: *Algunos de sus discípulos, más ortodoxos que usted, se apegan a cada pronunciamiento que sale de su boca.*

S. Freud: *La vida cambia. El psicoanálisis también cambia. Estamos apenas en el comienzo de una nueva ciencia.*

George Sylvester Viereck: *La estructura científica que usted levanta me parece ser mucho más elaborada. Sus fundamentos -la teoría del 'desplazamiento', de la 'sexualidad infantil', de los 'simbolismos de los sueños', etc.- parecen permanentes.*

S. Freud: *Yo repito, pues, que estamos apenas en el inicio. Yo apenas soy un iniciador. Conseguí desenterrar monumentos enterrados en los sustratos de la mente. Pero allí donde yo descubrí algunos templos, otros podrán descubrir continentes.*" (Viereck-Freud, 1957).

⁴² Un estudio profundo de las diferencias psicodinámicas existentes entre los procesos de *incorporación*, *introyección* e *identificación* puede encontrarse en Abraham y Torok (1987).

⁴³ Bromberg, desde parámetros relacionales, define el proceso psicoanalítico como "*una relación humana -una relación que nos despierta- una oportunidad para que se encuentren dos seres humanos de un modo que permite vivir juntos, a la sombra de lo disociado, incluyendo el terror a la potencial desestabilización que sienten tanto el analista como el paciente cuando se enfrentan con partes no-yo de ellos mismos que habían sido reclutadas para evitar el despertar*" (Bromberg, 2012, p. 277).

⁴⁴ Un buen entendimiento de *lo inconsciente*, más allá de las concepciones freudianas, puede encontrarse en el libro de R. D. Stolorow y G. E. Atwood (1992) titulado *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica* (en Herder Editorial, Barcelona, 2004).

⁴⁵ En psicoanálisis, se conoce como *constructivismo* a una forma de concepción de la experiencia -en el reconocimiento clínico, sea del terapeuta, del paciente y de *ambos en relación*- en cuanto que en sí misma, esta experiencia es indeterminada, alcanzando su sentido progresivo en la interacción clínica (D. B. Stern, 1997; Benyakar & Lezica, 2016).